

A pesar de todo ello, mi madre siempre decía que su padre era muy bueno, que tenía un carácter tranquilo, y “muy buenos golpes”, o sea, que era muy gracioso. Mi madre no cuestionaba a las personas mayores como yo hice siempre, y mucho menos a su padre.

Una vez, cuando aún era Guardia civil, mientras estaba de vigilancia en el puerto con su tricornio y su capa, no tenía un duro ni para tabaco, porque había “entregado” todo su mísero sueldo a mi abuela, y como posesión sólo se escondía una naranja en su bolsillo. Se encontró con un amigo que le preguntó que qué hacía tan callado contemplando el puerto, y mi abuelo le contestó: *Ya ves, aquí estaba pensando en si comerme esta naranja, o comprarme aquel barco* (y señaló un yate de ricachones que andaba atracado por allí). Así eran las ingeniosidades de mi abuelo, que decía mi madre que había dejado la Guardia civil porque no soportaba las arbitrarias ejecuciones de la posguerra, y cuando le tocaba a él, “vendía” su turno a otro compañero, y al final se quedaba con menos de la mitad del sueldo, aparte de tener remordimientos y pesadillas.

Una de las cosas que mi madre contaba para ensalzar a su padre, casi con lágrimas en los ojos, era que, cuando en una ocasión le obligaron a hacer un “traslado” de presos políticos de una prisión a otra, con la orden de que “nunca llegaran a su destino”, en mitad del camino, y con la excusa de una urgencia muy necesaria, hizo que detuvieran el furgón. Mientras estaban parados y su compañero liaba distraído un cigarrillo con picadura de tabaco “Caldo de gallina” y papel de arroz “Smoking”, liberó a los dos presos y les dijo: *Corred, corred todo lo que podáis y esconderos*. Eso le valió a mi abuelo, a pesar de sus justificaciones y de decir que había sido un incidente involuntario por descuido,

una bronca de su compañero, una sanción que fue siempre mancha en su carrera, y una retención importante de sueldo; pero él lo dio todo por bien empleado porque había salvado dos vidas.

Al cabo de los años uno de los presos liberados lo buscó, y cuando lo localizó y se vieron, le decía – según mi madre- una y otra vez a mi abuelo, cogiéndole las manos: *¡Usted es mi padre, usted es mi padre! ¡Gracias a usted volví a nacer otra vez!* Hasta mucho tiempo después yo no entendí bien esta historia, porque lo de que “nunca llegaran a su destino” no sabía lo que significaba, y no lo pregunté por no parecer tonta, así que no comprendía la trascendencia, ni me explicaba las lágrimas de mi madre, que se sentía muy orgullosa de la bondad de su padre y lo consideraba casi un héroe. Cuando vi por primera vez, la película “El verdugo”, que yo conocí pasados muchos años, no sé por qué identifiqué a aquel aparentemente ingenuo y bondadoso José Isbert verdugo, con el bueno de mi abuelo materno, según me lo habían retratado. Había verdugos vocacionales en la vida, otros que aparentaban no enterarse de que eran verdugos, y otros que directamente no lo querían ser.